

Marco Aurelio Torres Montecón
Zaragoza: Biblioteca Aragonesa de Cultura, 2005.

Título completo ↴

JOSÉ IGNACIO MANTECÓN. VIDA Y OBRA DE UN ARAGONÉS DEL DESTIERRO

El solitario. Misterio en un acto, con prólogo de María Zambrano, recién impreso por Altolaguirre en su imprenta La Verónica. El 11 de marzo de 1941 el consulado de México en La Habana les extendió la documentación necesaria para continuar el viaje y cinco días después arribaron al puerto de Veracruz. En el muelle estaba José Ignacio, muy emocionado, esperándolas. En un principio a Concha le costó trabajo reconocerlo. Había perdido muchos kilos, estaba más calvo y el pelo que le quedaba lo tenía casi blanco, pero su voz seguía siendo inconfundible. Llorando de alegría, pudieron al fin, después de cinco años de forzada y dolorosa separación, abrazarse y besarse. El 18 de marzo la familia llegó a la ciudad de México y se instaló en el apartamento cinco del edificio de Veracruz 56 para iniciar una nueva vida.

CAPÍTULO VI

Bibliógrafo *transterrado*

I. La colaboración con Millares Carlo

EL exilio supuso para José Ignacio un cambio radical en su forma de vida que, paradójicamente, le permitió desarrollar su verdadera vocación. Siempre había querido dedicarse a la investigación y la docencia, pero su padre, preocupado tal vez porque pensaba que una carrera académica no le proporcionaría los recursos económicos necesarios, interfirió e hizo que estudiara Derecho y ejerciera la abogacía. Cuando llegó a México se dijo: «tú de abogado no sabes nada» y en cuanto pudo orientó sus esfuerzos y su capacidad a otros ámbitos del conocimiento humano, entre ellos la Bibliotecología, la Bibliografía, la Archivología y la Paleografía, desarrollando una vasta producción intelectual plasmada en casi tres centenares de obras, entre libros, ensayos, artículos, ediciones críticas, reseñas y las publicaciones que dirigió o de las que fue el editor responsable.

Una parte de esa producción intelectual la escribió en colaboración con otro exiliado, el ilustre historiador, bibliógrafo, paleógrafo y latinista Agustín Millares Carlo, al que había conocido en Madrid. El trabajo conjunto de Millares y Montecón, afianzado por una profunda amistad, se prolongaría durante cerca de veintitrés años y se traduciría en obras clásicas que abrieron nuevas rutas en los campos de la Bibliografía, la Paleografía y el estudio de las fuentes documentales para la historia de México. A principios de 1939 Millares Carlo fue nom-

brado vicecónsul de la República en México por su amigo y coterráneo el presidente de Gobierno Juan Negrín. Era ya un prestigiado intelectual y académico. Había sido catedrático de Paleografía y de Latín Medieval en la Universidad Central de Madrid, director del Archivo-Biblioteca del Ayuntamiento de esa ciudad e individuo de número de la Academia de la Historia desde febrero de 1934. Autor de numerosos libros y artículos era una autoridad en materia de códices visigóticos. Al arribar al país se incorporó a La Casa de España en México, institución de estudios avanzados que el Gobierno del presidente Lázaro Cárdenas fundó en julio de 1938 para acoger a un grupo de intelectuales republicanos a los que invitó para que pudiesen continuar su trabajo y que en 1940 se transformó en El Colegio de México, que hoy día es una de las más prestigiosas instituciones académicas del país¹¹⁰. En La Casa de España encontraron refugio tres españoles ya residentes en México en ese momento: Luis Recaséns Siches, José Moreno Villa y León Felipe, sumándose después Jesús Bal y Gay, Enrique Díez-Canedo, Juan de la Encina, José Gaos, Gonzalo R. Lafora, Isaac Costero y Millares Carlo.

En enero de 1941 Mantecón y Juan Vicéns propusieron a Millares que intercediera ante las autoridades de El Colegio de México para la realización de dos proyectos que consideraban podrían ser de interés de la institución. Uno se refería al estudio y sistematización de las fuentes literarias de la cultura mexicana en la época colonial, a partir de realizar «un inventario de los libros autorizados para ser introducidos en este país, de los que realmente llegaron en las flotas que arribaban a Veracruz, de los distribuidos en México y de los que circularon a pesar de tales trabas y que fueron decomisados por la Inquisición». El otro, al cual Millares atribuyó mayor importancia por su utilidad para las investigaciones históricas futuras, se titulaba Índice analítico de las colecciones documentales de Historia de América y pretendía ser, acotado a México, «una especie de Regesta de toda la documentación de carácter histórico, perteneciente a la época colonial, publicada ya. Algo así como un alto en el camino para saber exactamente qué es lo ya divulgado e impreso y qué lo que queda todavía inédito»¹¹¹. Millares envió el 17 de enero de 1941 ambos proyectos a Alfonso Reyes, presidente de El Colegio de México, quien le respondió el 26 de febrero manifestándole su interés por los mismos y recomendándole que hablase con Silvio Zavala –insigne historiador mexicano, primer director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y tercer presidente de la institución (1963-1966)–, acerca de la manera de interesar a los Estados Unidos en el proyecto

del índice documental, pues podría vincularse a los trabajos que estaba realizando Lewis Hanke, pionero de los estudios latinoamericanos en ese país y que fuera el primer jefe de la División de estudios Hispánicos de la Biblioteca del Congreso. Aunque no se pudo concretar el apoyo de los norteamericanos en el proyecto, Millares y Mantecón siguieron interesados en el tema y en 1948 publicaron bajo los auspicios de Instituto de Historia de la UNAM su obra Repertorio bibliográfico de los archivos mexicanos y de las colecciones diplomáticas fundamentales para la historia de México, en la cual hacen el inventario de la producción bibliográfica sobre las fuentes documentales mexicanas, reseñan los trabajos publicados acerca de los archivos del país y de aquellos otros que custodian fondos de interés para la historia de México y describen las colecciones diplomáticas editadas que a su juicio revisten mayor interés.

A principios de 1942 José Ignacio publicó su primer artículo en México en el cual denunció el plagio de que había sido objeto en España su amigo Millares Carlo, quien entregó un trabajo sobre la escritura visigótica para su publicación en la *Historia de España* que dirigía el erudito Ramón Menéndez Pidal, interrumpida por el estallido de la guerra civil. Recién llegado a México, Millares revisó y corrigió su trabajo, incorporándolo como primer capítulo de su obra *Nuevos estudios de paleografía española* editada en 1941 por La Casa de España en México; sin embargo, ese mismo año la editorial Espasa Calpe publicó en el tercer tomo de la *Historia de España* el trabajo elaborado por Millares Carlo, pero con la firma de Matilde López Serrano, «totalmente desconocida como paleógrafa, cuyo nombre asomó cautelosamente como futura tratadista de Historia de la encuadernación española». Por medio de un cuidadoso cotejo y análisis de la estructura, aparato crítico, láminas y texto de ambas versiones, compulsados además con las galeradas primitivas que no habían llegado a publicarse y que conservaba Millares Carlo, Mantecón demostró el plagio cometido por la señorita López Serrano, a la que encargaron «intentara, como los copistas medievales, una pequeña transformación del trabajo y se tomara el de firmarlo», y concluye diciendo que no se trate de un caso aislado, pues de igual manera procedió con Ramón Iglesia, a quien se sustrajo la publicación de la *Crónica de la Conquista* de Bernal Díaz del Castillo que había dejado terminada en España y con Demófilo de Buen «a quien el señor Caso, profesor de la Universidad de Sevilla, le ha hecho el favor de publicar, con su firma, unos estudios de Derecho Civil debidos al primero»¹¹².

En 1943 Millares y Mantecón publicaron su primera obra conjunta: el *Ensayo de una bibliografía de bibliografías mexicanas*, en la cual ordenaron y pusie-

ron al día la vasta producción bibliográfica mexicana. El libro tuvo muy buena acogida entre los investigadores y especialistas, como José Miguel Quintana, quien le dedicó una extensa reseña en la cual concluye que ocupará un sitio preferente cuando se haga el balance bibliográfico del año, no sólo por su utilidad inmediata para los investigadores, sino también porque «representa un trabajo difícil de superar en su concepción»¹¹³. El escritor mexicano Ermilo Abreu Gómez también elogió la «sabia y discreta pluma expositiva» y lo llamó «libro ejemplar entre los ejemplares es éste que acaba de aparecer en México». Apuntó que «ningún trabajo serio de literatura (en sus fundamentos bibliográficos) podrá intentarse sin tener a la mano este libro precioso»¹¹⁴. Como continuación de su empeño, al año siguiente los autores publicaron unas adiciones en las que recogen nuevas obras aparecidas sobre la materia, así como otras que habían escapado a su diligencia.

Millares siguió insistiendo ante las autoridades de El Colegio de México para que Mantecón se incorporase a esa institución. El 8 de febrero de 1943 le presentó a Reyes un informe de las labores que realizó durante el año anterior, reportó como elaborado en colaboración con José Ignacio y entregado a esa institución el primer tomo del *Índice y extracto de los Protocolos del Archivo de Notarías de México, D.F.* El 12 de mayo de ese año Millares escribió a Daniel Cosío Villegas, secretario-tesorero de El Colegio de México en estos términos:

Mi muy distinguido amigo: Tuve ocasión hace dos días de hablar con D. Silvio Zavala acerca de la colaboración de don José Ignacio Mantecón en las tareas del Centro de Estudios Históricas. Por indicación del Sr. Zavala me tomo la libertad de incluirle la hoja de estudios y servicios del Sr. Mantecón.

Insistiendo sobre el contenido de mi carta anterior debo manifestarle que el trabajo en que dicho señor podría colaborar de momento es la continuación y terminación del Índice y extractos de los protocolos del archivo de notarías del D.F., trabajo que podría ultimarse en el plazo de un mes y medio o dos meses. Eso sin renunciar a los otros proyectos presentados, en el supuesto de que se juzguen de interés¹¹⁵.

Cosío Villegas subrayó el nombre de Mantecón y en el margen superior izquierdo escribió: «Pedirle que venga a hablar conmigo». A partir de ese momento se incorporó como becario-investigador a El Colegio de México, con un sueldo mensual de 300 pesos. Colaboró en esta institución hasta el 31 de enero de 1946, fecha en la cual, por los problemas presupuestales por los que atravesaba ésta, dejó de prestar sus servicios junto con un grupo de dieciséis

investigadores, profesores y becarios, entre los que se encontraban José Moreno Villa, Luis Recaséns Siches, Arturo Arnáiz y Freg, Pedro Bosch Gimpera y Eugenio Ímaz¹¹⁶.

Durante su estancia en El Colegio de México, Mantecón, junto con Millares Carlo, y Francisco Giner de los Ríos, otro exiliado y primer bibliotecario de la institución, trabajó en la catalogación de los fondos bibliográficos del siglo XVI provenientes de las bibliotecas eclesiásticas que fueron confiscadas durante el siglo XIX, que estaban anexos al llamado Fondo Genaro Estrada de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público de México. Entusiasmados, encontraron impresos y manuscritos que no habían visto en la Biblioteca Nacional de Madrid ni en ningún otro sitio, entre ellos varias gramáticas en náhuatl¹¹⁷. Paralelamente, él, Millares Carlo y Concepción Muedra, emigrada republicana que había sido profesora auxiliar de Historia Medieval en la Universidad de Madrid, catalogaron entre noviembre de 1943 y junio de 1946 el ingente caudal bibliográfico de los siglos XVI y XVII que por falta de espacio yacía sin ordenar en la Biblioteca Nacional de México, dirigida en ese entonces por el escritor y político José Vasconcelos. En 1948 Millares y Mantecón publicaron unas interesantes «Notas sobre la Biblioteca Nacional de México», dando cuenta del hallazgo de unas piezas importantes por su rareza, que descubrieron cuando llevaban a cabo las tareas de catalogación. Como refuerzo de la encuadernación de un ejemplar del *Codex* del emperador Justiniano impreso en París en 1532 por François Regnault, se encontraron con dos folios de un manuscrito bíblico *magnæ molis* que por su caligrafía corresponde al siglo XII. Al revisar un volumen integrado por varios tratados teológicos impresos en París en el primer tercio del siglo XVI, se toparon, encuadernado entre ellos, con un incunable romano del año 1489 que pasó a engrosar la importante colección de la Biblioteca. Se trata de *Determinationes magistrales... contra conclusiones apologeticas Ioannis Pici Mirandulani* de Pedro García, erudito valenciano residente en Roma y cercano colaborador del cardenal Rodrigo Borja, futuro papa Alejandro VI. Una divertida errata modificó el nombre de José Ignacio al calce de este artículo, pues en lugar de «J.I. Mantecón», aparece como «S.J. Mantecón». ¡El fantasma de los jesuitas que no dejaba de perseguirlo!

En 1945 y 1946 El Colegio de México publicó la segunda obra de investigación fruto de la colaboración entre Millares y Mantecón. Se trata de los dos volúmenes del Índice y extractos de los protocolos del Archivo de Notarías de México, D.F., en el cual reseñan y extractan la totalidad de los documentos correspon-

gracias
a Millares

43-46

2

dientes a los registros de los escribanos Juan Fernández del Castillo y Martín de Castro, además de un cuaderno anexo del escribano real Diego de Ayala, que abarcan los años 1524-1528, 1536-1538 y 1551-1553. Se trata de una investigación pionera en México ya que los fondos documentales de la ciudad sólo habían sido utilizados parcialmente en búsquedas encaminadas a un fin concreto, y sólo tenía en la fecha en que se publicó dos ejemplos análogos: el del Archivo Nacional de Chile y el del Archivo de Protocolos de Sevilla. Los autores señalan en su introducción que los archivos de protocolos, que recogen los más diversos actos y contratos, son una guía firme y segura para conocer cómo era la vida en la época a que se refieren. Son fuentes indirectas de conocimiento histórico más jugosas que las producidas por el Estado o por historiadores y cronistas, conscientes siempre de su posible repercusión en el futuro. El historiador Juan Antonio Ortega y Medina señaló que se trataba de una «obra de tipo monumental que es importantísima para el historiador de la vida económica y social que es, al mismo tiempo, una de las primeras que explotan y divulgan la riqueza de los archivos notariales»¹¹⁸.

3 En 1947 publicaron una erudita y muy cuidada edición de *La Celestina, tragicomedia de Calisto y Melibea* de Fernando de Rojas con ilustraciones de Miguel Prieto en la colección «Obras maestras de la literatura amorosa» de la Editorial Leyenda. Dieciocho años después, en lo que constituiría su última obra en colaboración, la reeditarían en la colección «Nuestros Clásicos» de la UNAM con una nueva introducción.

4 El trabajo conjunto de Millares y Mantecón alcanzó su culmen con la edición en 1955 del *Álbum de paleografía hispanoamericana de los siglos XVI y XVII*, libro de referencia clásico en la materia, que a poco más de dos años de haberse publicado fue reseñado en más de veinte revistas profesionales de Argentina, Cuba, Chile, Ecuador, Estados Unidos, España, Italia y México. Para Javier Malagón constituye una obra de gran valor técnico, práctico y didáctico: «sin duda el mejor estudio de la paleografía indiana [que] aunque parezca exagerado, ha cambiado los estudios de la época colonial, ya que ha contribuido a la enseñanza de la lectura de los escritos de los siglos XV a XVII, y ha facilitado la utilización de documentación que se encontraba en los archivos sin uso alguno, pero rica en datos económicos, institucionales»¹¹⁹. Por su parte Ascensión Hernández de León Portilla señala que es «instrumento indispensable para los que quieran descifrar documentos y códices novohispanos [...]. Posiblemente sea la obra más completa en su género y desde luego es un libro vivo,

de consulta indispensable para los estudiosos de la historia novohispana»¹²⁰. La obra, editada en México en tres volúmenes por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia¹²¹ y por la cual sus autores percibieron la cantidad de dos mil pesos cada uno –unos 160 dólares de la época–, está concebida con un criterio eminentemente didáctico. El primer tomo, titulado *Introducción*, contiene los planteamientos teóricos de los autores acerca de la paleografía y sus límites, analiza sus orígenes y las nuevas orientaciones en la materia y presenta un panorama de los tratados y manuales para su estudio. A continuación, hacen una reseña de la evolución de la escritura latina y española con anterioridad al siglo XV y se refieren a las características propias de la escritura colonial hispanoamericana. Establecen también las normas para la transcripción y publicación de documentos, importante aportación de los autores para combatir la anarquía de sistemas que privaba hasta entonces y lo impropio de algunos métodos utilizados. Este estudio introductorio está complementado con unos cuadros en los que analizan los elementos constitutivos de la escritura y fijan las formas de las letras, los nexos, los signos abreviativos y las abreviaturas más típicas. El segundo volumen está integrado por 93 láminas que reproducen diversos documentos de la época colonial y en el tercero hacen la transcripción de los mismos, acompañada en cada caso de un comentario.

En 1959, aprovechando su año sabático en la UNAM, Millares Carlo aceptó la invitación que le hizo la Universidad del Zulia en Maracaibo para impartir las cátedras de Griego y Latín. Se encontró tan a gusto en Venezuela que permaneció en ese país durante quince años. Fue director de la Biblioteca General de esa Universidad y creó y dirigió el Centro de Investigaciones Humanísticas. Sin embargo, no cortó sus relaciones con México e hizo varios viajes al país. Cuentan que siempre que regresaba a la ciudad de México, su primera visita era a la Biblioteca Nacional donde se reunía con José Ignacio. Nada más verlo, Millares, mucho más alto y corpulento, se arrodillaba para poder darle, según decía, el abrazo que su amigo se merecía. En septiembre de 1975 regresó a vivir a España y ese mismo año la Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria le rindió homenaje con la publicación de una obra en dos volúmenes, en el primero de los cuales Mantecón colaboró con el artículo titulado «Notas para una bibliografía de reglas y listas de encabezamientos de materia en español». Un sentimiento de gran tristeza le embargó a José Ignacio cuando se enteró de la muerte de su amigo, acaecida en Las Palmas el 8 de febrero de 1980 a los 87 años de edad.

II. *Ingenti labore, exiguum opus*

El 15 de junio de 1955 Mantecón ingresó en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM como investigador científico especialista en archivos y paleografía, invitado por su director, Manuel Toussaint. En un gesto que mucho honra a la universidad mexicana del cual se beneficiaron muchos exiliados españoles, sin mayor trámite burocrático le revalidaron sus títulos españoles de licenciatura y doctorado. Así, se convirtió para siempre en los medios académicos en el doctor Mantecón, lo que a él no le importaba gran cosa, pero en un país en que los títulos académicos son un símbolo de estatus social, sí significaba una diferencia para otros. Un día llegó a su casa muy divertido pues en el taxi que le llevó de regreso de sus labores en la Biblioteca Nacional le había sucedido una cosa muy graciosa. Abordó con una colega el taxi e hicieron parte del trayecto juntos. Ella le hizo varias consultas relacionadas con una investigación que estaba realizando, dirigiéndose a él siempre como «doctor Mantecón». Cuando descendió del taxi, el conductor volteó la cabeza y le dijo a José Ignacio:

—Oiga doctor, yo también aprovecho para hacerle una consulta. Fíjese que pasé muy mala noche, con un dolor de garganta terrible y mucha tos, ¿qué me puedo tomar? Riéndose, Mantecón le aclaró que él no era doctor en Medicina sino en Derecho y que lamentaba no poder ayudarle.

Durante los tres años que colaboró en el Instituto de Investigaciones Estéticas, José Ignacio se encargó de la transcripción y edición de dos importantes documentos para la historia del México colonial. El primero de ellos, que publicó en 1956 con el título de *Información de méritos y servicios de Alonso García Bravo, alarife que trazó la ciudad de México*, es un interesante expediente, que está en el Archivo de Indias y del cual Toussaint había obtenido una copia, acerca del primer urbanista de México. El segundo proyecto fue la edición integral y definitiva de la *Cartilla vieja de la nobilísima ciudad de Puebla (1781)* de Pedro López de Villaseñor, cronista de dicha ciudad que en el siglo XVIII ordenó el archivo del Cabildo y la redactó a manera de un índice que permitiese localizar con facilidad los documentos que custodiaba, pero cuya importancia va mucho más allá. Se trata de una invaluable crónica que presenta los elementos principales para conocer los aspectos institucionales, económicos, artísticos, religiosos y culturales de Puebla, desde su fundación hasta fines del siglo XVIII. También, como parte de lo que sería uno de sus principales intere-

ses, dirigió la formación de una Bibliografía del Arte Mexicano y como homenaje al creador de la crítica moderna de la historia del arte en México, súbitamente fallecido en noviembre de 1955, organizó y amplió la *Bibliografía de Manuel Toussaint*.

En la introducción del *Ensayo de una bibliografía de bibliografías* publicado en 1943, Mantecón y Millares Carlo plantearon que ante la proliferación de bibliografías y la falta de coordinación técnica en la materia, era una necesidad urgente crear en México un Instituto Bibliográfico que se abocara a la tarea de sistematizar la obra realizada hasta entonces, completándola y manteniéndola al día, y se hiciese cargo de dirigir las investigaciones futuras. Este proyecto se hizo realidad en 1958 cuando el entonces director de la Biblioteca Nacional, el doctor Manuel Alcalá, creó el Instituto Bibliográfico Mexicano como un departamento dentro de la propia Biblioteca. Mantecón dejó el Instituto de Investigaciones Estéticas y se incorporó como jefe del nuevo Instituto Bibliográfico a partir del 1 de mayo de 1959, con la categoría de investigador especial por contrato. Dispensándole de una serie de trámites burocráticos el 1 de febrero de 1963 recibió el nombramiento de investigador titular de tiempo parcial y en enero de 1972 alcanzó la categoría de investigador de carrera titular de tiempo completo nivel «C», la más alta en la UNAM. En esa institución encontró durante veintidós años el ambiente y las condiciones propicias para desarrollar una fecunda labor intelectual, rodeado de lo que más apreciaba: libros y manuscritos antiguos.

La investigadora Irma Contreras, que colaboró con él, lo recuerda como un hombre en el que se conjugaban la sencillez y una gran sabiduría, «unidas a una gran calidad humana que albergaba su corazón». Para ella, «la cultura mexicana se enorgullece al contarle entre los hombres ilustres, que al paso del tiempo dejaron su huella entre los intelectuales de nuestro país»¹²². Con andar vivo cruzaba las frías y grandes naves del ex templo y convento de San Agustín, en el centro histórico de la ciudad de México, convertido en Biblioteca Nacional, rebuscando entre los plúteos libros sobre los más variados temas. Sus colegas se lo encontraron muchas veces lleno de polvo hasta la nariz pero feliz, porque había localizado un interesante impreso o algún raro manuscrito en latín. En una ocasión, muerto de risa, se topó con una antigua edición de la *Guía de pecadores* de fray Luis de Granada en la sección de «Caza y Pesca», pues en un descuido alguien había transcrito en la ficha catalográfica correspondiente el título como *Guía de pescadores*.

Al frente del Instituto Bibliográfico Mexicano, Mantecón formó y dirigió el equipo que durante veinte años, de 1958 a 1978, tuvo a su cargo la elaboración de la bibliografía corriente del país y fue el editor responsable de las publicaciones que inventariaron la producción bibliográfica de México: el *Anuario Bibliográfico*, que cubre el período 1958 a 1966, y la *Bibliografía Mexicana*, cuyos volúmenes bimestrales abarcan los años 1967 a 1978. Continuamente acudían a él investigadores mexicanos y extranjeros para plantearle consultas sobre cuestiones bibliográficas y en materia de libros e impresos antiguos y raros. No es exagerado afirmar que Mantecón fue el creador, a través de su práctica cotidiana en la Biblioteca Nacional, sus escritos y sus cátedras en la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas y en la UNAM, de una escuela de Bibliografía en México, que supo continuar los esfuerzos de los grandes bibliógrafos mexicanos del siglo XIX y principios del XX y adaptó al país las normas y procedimientos técnicos de la UNESCO.

La Bibliografía era para él imprescindible ciencia auxiliar que proporciona al lector o al investigador información sobre la producción intelectual del hombre. La consideraba el medio privilegiado de enlace entre los investigadores de todas las ciencias. Para él toda bibliografía, aun aquella elaborada bajo el más aséptico concepto de *documentación*, «es una historia del arte o ciencia a que se contrae y el bibliógrafo antihistoricista se encuentra en la misma divertida situación del personaje de Molière que hablaba en prosa sin saberlo»¹²³. Sostenía que esta disciplina había nacido al mismo tiempo que las bibliotecas, «ya que deben considerarse como repertorios bibliográficos los grandes catálogos de las bibliotecas del *Museum* de Alejandría, que fue redactado sistemáticamente por Calímaco en 120 libros y el que, según Ático, inventariaba la de Pérgamo», pero fue la invención y desarrollo de la imprenta la que, al multiplicar las ediciones de los libros, «hizo sentir, desde los primeros momentos, la necesidad de ofrecer una información exacta y sistemática de las producciones impresas del ingenio humano»¹²⁴. No habían transcurrido cincuenta años de la aparición del primer impreso cuando Juan Tritheim, abad de Spanheim, editó en 1494 su *Liber de scriptoribus ecclesiasticis*, seguido al año siguiente por el *Catbalogus Illustrium virorum Germaniae*, obras con las que se inicia la riquísima producción bibliográfica impresa. La Bibliografía, según Mantecón, no es otra cosa que la conciencia cultural de un pueblo y estímulo para la creación de las generaciones de hoy por medio del conocimiento de lo que las generaciones pasadas rea-

lizaron. La concibe como el elemento fundamental para elaborar la Historia de las Ideas de una nación. Decía que esta colosal tarea había sido calificada por Giovanni Nevizano, bibliógrafo del siglo XVI, como: *ingenti labore, exiguum opus*, un gran trabajo y una obra minúscula. «Así lo consideran los más. Pero ése debe ser el gran orgullo de los bibliotecarios y de los bibliógrafos: saber laborar para que los demás puedan crear», sentenció José Ignacio¹²⁵. Calificado como heredero contemporáneo de la rica tradición bibliográfica mexicana¹²⁶ publicó dos artículos, «El primer Instituto Bibliográfico Mexicano» (1961) y «El Instituto de Investigaciones Bibliográficas y la Bibliografía Nacional» (1969), que son considerados por los expertos como el mayor conjunto de datos y reflexiones sobre el tema, en los cuales expone su doctrina y filosofía acerca de cuatro siglos de producción bibliográfica en México. Hoy día su pensamiento en materia bibliográfica es objeto de estudio en la maestría en Bibliotecología que imparte la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Dentro del curso Teoría de la Bibliotecología y la Información existe una unidad dedicada a la Bibliotecología Mexicana, uno de cuyos temas es: El pensamiento español y la bibliografía (José Ignacio Mantecón y Agustín Millares Carlo). ☺

Cercanos colaboradores de él en estas tareas bibliográficas se convirtieron después en investigadores de renombre, como Jesús Yhmoff, subjefe del Fondo Reservado y autor entre otras obras del *Catálogo de los impresos europeos del siglo XVI que custodia la Biblioteca Nacional* y de *Los impresos mexicanos del siglo XVI en la Biblioteca Nacional de México*; Roberto Moreno de los Arcos, director del Instituto de Investigaciones Históricas y coordinador de Humanidades de la UNAM; el latinista Tarsicio García, jefe de la División de Estudios Profesionales de la Facultad de Filosofía y Letras; Ignacio Osorio, director de la Biblioteca Nacional de marzo de 1990 hasta su súbita muerte en agosto de 1991 y junto con el cual y con el apoyo de Irma Contreras publicaría Mantecón en 1969 la *Bibliografía general de don Justo Sierra*; y José Quiñones, doctor en Letras Clásicas e investigador del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, quien fuera su asistente y autor de la primera bibliografía de Mantecón que se publicó. Él recuerda que siendo muy joven, por encargo de Mantecón iba a las casas editoriales y a la Dirección de Derechos de Autor, cargado con una máquina de escribir portátil para redactar las fichas de los libros que se habían publicado en el año. En una ocasión, José Ignacio, que era muy meticoloso y le exigía revisara concienzudamente cada obra para incluir correcta-

mente todos los datos en su ficha catalográfica, le pidió un dato que Quiñones no localizó. José Ignacio le pidió que le llevara el libro y una vez que lo revisó personalmente le dijo:

—Usted sólo revisó esta página y la información estaba en esta otra. Recuerde que al papel y a la mujer hasta el culo le has de ver¹²⁷.

Importantes fueron también sus aportaciones en el campo de la Bibliología. En 1962 publicó un útil «Índice de nombres de autores latinos» en el cual junto al nombre castellanizado y las fechas de nacimiento y muerte o en su defecto el siglo en el que florecieron, proporciona el nombre latino en nominativo. Materia nada trivial ya que son muchos los autores que se citan o estudian en diversas enciclopedias y obras de literatura universal y clásica, unas veces por el *cognomen* y otras por el *praenomen* o gentilicio. Contribuyó de manera sustantiva, quizá definitiva, al campo de la toponimia. Durante su desempeño como catalogador en la Biblioteca Nacional y en el desarrollo de sus posteriores investigaciones se enfrentó al problema de identificar adecuadamente los nombres actuales de las ciudades que tuvieron imprenta a partir de los nombres latinos que se les atribuyen, ya que éstos a menudo obedecen «a caprichos de aprendices de latinistas, a rebuscadas analogías fonéticas, a atribuciones históricas fabulosas, como las debidas a la fundación de ciudades por héroes legendarios, a la imaginación de los *eruditos a la violeta* o a un excesivo amor a la patria chica de algunos autores que quisieron dar, con veste latina, antigüedad a sus patrios lares»¹²⁸. Como ejemplo de esto último citaba el caso de Madrid que, de humildísimo origen, se disfrazó como *Mantua Carpetanorum* o *Viriaticum*. Para resolverlo publicó en 1973 su libro *Índice de nombres latinos de ciudades con imprenta*, clásico indispensable para la catalogación de libros antiguos fruto de una larga investigación que inició en 1945.

En septiembre de 1967 se modificó la organización de las dependencias de la UNAM dedicadas a la investigación y se fundó el Instituto de Investigaciones Bibliográficas al que se le adscribieron la Biblioteca y Hemeroteca Nacionales, dentro del cual José Ignacio se convirtió en «el investigador más antiguo, el más respetado, el más solicitado en todo instante para la resolución de los problemas bibliográficos que ahí se presentan. Sus respuestas son siempre atinadas y dadas sin alardes vanidosos ni de inflada suficiencia, sino en un tono jovial, en medio de un chiste oportuno y una anécdota que engalana y hermosea la frialdad y aridez de la pura técnica»¹²⁹. Su autoridad profesional y moral era tanta que en 1965, durante el lapso de cinco meses en que la Dirección de la Biblio-

teca Nacional estuvo acéfala después de que Manuel Alcalá renunciara en el mes de abril por haber sido nombrado embajador de México ante la UNESCO y Ernesto de la Torre, el nuevo titular designado, no pudiera hacerse cargo de la misma pues tenía asuntos que concluir en su anterior adscripción en la UNAM, Mantecón se hizo cargo provisionalmente de la conducción de la Biblioteca, cargo a cuya titularidad no podía aspirar pues era y es requisito indispensable que quien lo ocupe tenga la nacionalidad mexicana. José Ignacio, a pesar de las facilidades que al respecto otorgó el Gobierno de México, nunca se naturalizó mexicano. Decía que a pesar del enorme cariño y agradecimiento que le tenía a México «no se puede cambiar de patria como se cambia de camisa. Yo me siento español en México».

III. Catedrático universitario

A la par de su carrera como investigador, José Ignacio desarrolló una importante trayectoria docente a lo largo de la cual, durante treinta y cuatro años formó a muchas generaciones de bibliotecarios mexicanos. Recién llegado a México José Ignacio conoció a Francisco Gamoneda, un asturiano que había llegado al país a principios del siglo XX a quien llamó «el don Quijote de las bibliotecas»¹³⁰ por todas las que organizó y promovió, entre las que se encuentran la del Congreso de la Unión y las Bibliotecas Populares del Distrito Federal. Gamoneda lo invitó a colaborar en las tareas que venía desarrollando en la Oficina de Bibliotecas del Departamento del Distrito Federal. A instancias suyas, José Ignacio y Millares Carlo organizaron en 1943, en el marco de la II Feria del Libro y Exposición Nacional del Periodismo, una «Exposición Retrospectiva del Libro Mexicano» en la cual mostraron, con un deliberado carácter didáctico y popular, la evolución del libro en México desde 1539, año en que se introdujo la imprenta en el país, hasta 1870, fecha en que se asentó el espíritu propio de la Nación mexicana al ser derrotados el Imperio y la intervención extranjera. Esta idea de exhibir en un solo recinto el muestrario de la obra impresa en el país, está ahora reproducida en la Sala Mexicana del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, donde se custodian los impresos mexicanos desde la introducción de la imprenta hasta el año 1910.

A través de Gamoneda entabló relación con los bibliotecarios mexicanos y muy pronto tomó conocimiento del estado que presentaban en México aspectos que consideraba fundamentales para su profesión, como la sistematización

de las tareas bibliográficas nacionales y la enseñanza de la Bibliotecología y la Archivología. En esa época no existía en México ninguna institución que impartiese formalmente educación bibliotecológica. Los dos intentos que se habían hecho en las primeras décadas del siglo XX no habían prosperado. La Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archiveros fundada en mayo de 1916 cerró sus puertas dos años después. En enero de 1925 se creó otra escuela que tuvo una vida más corta aún pues sólo funcionó durante un año. Aislada y esporádicamente se ofrecían cursos libres en la materia y, en consecuencia, la mayoría de los bibliotecarios del país tenían una formación empírica y sólo algunos cuantos habían hecho estudios en el extranjero. Con la finalidad de contribuir en la medida de sus posibilidades a paliar esta situación, Gamoneda, Millares Carlo y Mantecón se dedicaron durante dos años, sin remuneración, a impartir cursos y conferencias de formación a los bibliotecarios mexicanos que ejercían sin título y en 1944 José Ignacio impartió un curso de Paleografía con duración de un semestre en la Escuela Nacional de Antropología.

1944
En octubre de ese mismo año, Gamoneda, Millares y él dieron un fuerte impulso a la celebración del Tercer Congreso Nacional de Bibliotecarios y Primero de Archiveros, haciéndose cargo José Ignacio de la Presidencia de la sección de Archivos. Junto con otros colegas mexicanos, entre los que se encontraban Juan B. Iguíniz, Jorge González Durán y María Teresa Chávez Campomanes, presentaron un proyecto para la creación de una Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas, el cual fue aprobado por unanimidad y sometido a la consideración del entonces secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet, quien lo hizo suyo y obtuvo del presidente de la República la autorización y los recursos necesarios para fundarla. La Escuela —que cambió su denominación a Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivonomía— se inauguró en junio de 1945 y sigue hoy día, después de sesenta años, funcionando en la Ciudad de México. Mantecón se incorporó a la nueva institución desde su fundación como profesor de Bibliología y Paleografía, cátedras que impartió durante diecinueve años. El 20 de julio de 1964 fue declarado maestro emérito de esa Escuela, «por los largos años que ha dedicado a la enseñanza de su especialidad y sus merecimientos como educador infatigable».

En 1963 se incorporó al Colegio de Bibliotecología y Archivología, entonces llamado de Biblioteconomía y Archivonomía, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde impartió durante quince años diversas cátedras: Bibliografía Hispanoamericana y Nacional (1963); Seminario sobre Técnica Bibliográfica

(1963); Bibliología (1963-1978), la cual «además de abrir insondables horizontes a los estudiantes que a ella concurren, les permite comprender cómo al lado de la técnica, para tratar con los libros se requiere un delicado espíritu y una refinada sensibilidad»¹³¹; Historia de las Bibliotecas (1963-1978); Bibliografía Mexicana II (1966-1967) y Bibliotecología Comparada (1968-1978)¹³². En la maestría en Archivología fue profesor del curso Catalogación Descriptiva de Archivos, que tenía duración de dos semestres y en 1967 impartió en Jalapa un curso intensivo de Historia del Libro y de las Bibliotecas en la Universidad Veracruzana.

En su cátedra de Bibliología, José Ignacio enseñaba a sus alumnos que la biblioteca no es un mero depósito de libros para uso del bibliotecario o del selecto aficionado, sino que tiene un valor social específico, como acicate y aliento para todo lector. Para él la biblioteca debía concebirse como un instrumento de educación pública, paralelo y complementario a la escuela, que tiene la finalidad de crear, fomentar y consolidar la lectura. La labor de los bibliotecarios no termina, pues, en la administración de la biblioteca, sino que, como forma de humanismo que no se limita a la mera contemplación, el bibliotecario debe luchar «en la praxis para elevar la vida de los hombres sobre las contingencias de la realidad»¹³³.

Era un profesor muy querido y respetado por sus alumnos, sus colegas e inclusive también por aquellos que no lo fueron: «Algunos de los profesores más notables del exilio no me dieron clase pero los veía caminar por los pasillos de la facultad, modestos y desembarazados, como si no pesara el enorme prestigio que llevaban a cuestas: Eduardo Nicol, Wenceslao Roces, José Ignacio Mantecón, Juan Rejano, Carlos Bosch García, Antonio Ortega y Medina, Carlos Sáenz de la Calzada»¹³⁴. En una ocasión en que participaba como sinodal en un examen doctoral de Letras Clásicas, el presidente del mismo, el latinista y poeta Rubén Bonifaz Nuño, tomó la palabra y dijo que estando presente un sabio como el doctor Mantecón él no podía ocupar ese cargo y le cedió la presidencia a un ruborizado José Ignacio.

La tarde del 11 de septiembre de 1978, en uno de los edificios dieciochescos más bellos y con mayor tradición del centro histórico de la Ciudad de México, el Palacio de Minería, obra maestra del arquitecto y escultor valenciano Manuel Tolsá, la UNAM en una solemne ceremonia encabezada por su rector, el doctor Guillermo Soberón, rindió homenaje, otorgándoles un diploma y una medalla de oro, a ocho distinguidos bibliotecarios: Juana Manrique de Lara,

María Teresa Chávez Campomanes, Lino Picaseño, Rafael Carrasco Puente, Jorge Ignacio Rubio Mañé, Alfonso Ayensa, Antonio Pompa y Pompa y José Ignacio Mantecón, grupo de «personas ilustres que en beneficio de la cultura mexicana pusieron las bases de un sistema efectivo, moderno y científico de información; preservaron nuestros acervos bibliográficos y documentales de su pérdida total y consagraron su vida a la formación del personal que hoy, con más elementos, trabaja dentro del sistema bibliotecario mexicano». En referencia específica a Mantecón, Ernesto de la Torre, quien entre 1965 y 1978 fue director de la Biblioteca Nacional y primer director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, dijo que era un hombre de recias convicciones, cuya conducta universitaria siempre fue ejemplar e íntegra, y que en todo momento comprendió que los intereses institucionales deben imponerse a los de un grupo. Destacó su prudencia, que le llevó a ser «notable mediador, árbitro imparcial en las disputas que en ocasiones han surgido en nuestra casa de estudios, y su saber, sus conocimientos, han hecho que sus opiniones sean respetadas en todas las comisiones académicas en las que participa». Después de hacer un recuento de su relevante labor intelectual como investigador, catedrático, editor y autor, el doctor De la Torre concluyó:

Los años pasados entre nosotros, años en los que hemos recibido su enseñanza, su cordialidad, su continua lección de honestidad y firmeza, su pícaro ironía, le han ligado entrañablemente no sólo a nuestras vidas sino a nuestras instituciones, a las que ha servido con altura, con gran dignidad y con inmensa responsabilidad. Por esas cualidades de hombre cabal y de maestro auténtico hoy se le honra¹³⁵.

Aún enfermo, Mantecón continuó asistiendo regularmente a la Facultad de Filosofía y al Instituto de Investigaciones Bibliográficas, subiéndose penosamente las escaleras hasta llegar a su cubículo, hasta el momento en que físicamente le fue ya imposible continuar. En septiembre de 1978 solicitó el goce de un año sabático y al término de éste, por su precaria salud, se le concedió una comisión con goce de sueldo por otro año más, jubilándose de la institución el 16 de octubre de 1980.

Arturo Gómez

CAPÍTULO VII

Español de fuera

I. «Yace tu tierra más allá del agua...»

AL salir de España José Ignacio creyó, al igual que otros muchos republicanos emigrados, que el exilio sería transitorio, que como mucho duraría unos cuatro o cinco años. Por ello, los primeros tiempos en México tuvieron un irremediable sentido de transitoriedad. El destierro era sólo un paréntesis. Si los aliados triunfaban en la Segunda Guerra Mundial, pronto podrían regresar a España y retomar el rumbo de su vida. El 8 de diciembre de 1943, José Ignacio le regaló a su hija Conchita por su santo el volumen con las obras completas de Antonio Machado que publicó la editorial Séneca con la siguiente dedicatoria: «Con todo mi cariño. 8-XII-1943. El próximo en España». Nunca hubo ese próximo en España. La avenida Veracruz donde estaba ubicado el apartamento en el que vivían los Mantecón tiene un amplio camellón sembrado de jacarandas, grandes árboles que cada primavera se engalanan con una explosión de flores de un intenso azul violáceo que al caer tapizaban la calle con una colorida alfombra. Cada primavera José Ignacio salía al balcón a contemplar el espectáculo de las jacarandas recién florecidas. Emocionado abría las vidrieras y llamaba a gritos a sus hijas:

—¡Matilde! ¡Cotito! Venid y asomaos al balcón, porque éste es el último año que veréis florecer las jacarandas.

Año tras año siguió viéndolas florecer, mientras la esperanza del regreso a una España democrática se le escurría como arena entre los dedos. Buscaba